

El cristianismo no es primariamente una religión de ritos y doctrinas, sino un **camino de vida** que consiste en seguir los pasos de Jesús, el único que conduce al Padre. Frente a una fe reducida a pertenencia institucional o a adoración lejana, propone un encuentro personal y comunitario con Cristo como Camino, Verdad y Vida, con consecuencias concretas en el estilo de vida, en la estructura de la Iglesia y en el modo de enfrentar las tensiones internas de la comunidad.

Contexto de despedida: Jesús en la Última Cena, los discípulos desconcertados ante su partida— y desde allí se despliega en dos direcciones simultáneas: hacia arriba, profundizando la identidad de Cristo y su relación con el Padre; y hacia afuera, traduciendo esa identidad en criterios concretos para la vida personal, comunitaria y eclesial. La tensión central es entre **la religión como relación** —cumplimiento de ritos y mediaciones— y **el cristianismo como unión** —imitar a Dios en la vida concreta de cada día.

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" "Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en mí" (Jn 14,1)

El corazón de la despedida

Es la noche de la Última Cena. Judas acaba de salir. Pedro acaba de recibir el anuncio de su negación. Jesús habla de su próxima partida. Los discípulos están desconcertados, abatidos, llenos de preguntas que no se atreven a formular del todo. ¿Qué va a ser de ellos sin Él?

Jesús capta su turbación y, olvidándose de lo que le espera, los anima: "Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en mí." Y les anuncia algo que ningún maestro había dicho antes: va a prepararles un lugar en la casa del Padre, y volverá por ellos. La muerte no va a destruir los lazos de amor.

Tomás, con su realismo de siempre, hace la pregunta que todos tienen en la mente: "Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?" La respuesta de Jesús es una de las afirmaciones más audaces de toda la historia religiosa: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida."

Camino: no una doctrina sino unos pasos que seguir

Los primeros cristianos no llamaron a su fe "una religión." La llamaron simplemente "el Camino." Un camino nuevo y vivo, inaugurado por Jesús, que hay que recorrer "con los ojos fijos en Él."

Decir que Jesús es el Camino no es una afirmación exclusivista arrogante: es la descripción de una experiencia. El que sigue sus pasos no va sin rumbo por el laberinto de las modas y las consignas del momento. No resuelve todos sus problemas, pero camina en la dirección acertada: hacia el Padre. Lo concreto de ese camino es nítido: avanzar siempre, no detenerse, renovarse constantemente, construir un mundo más justo, hacer una Iglesia más evangélica. Ir desde la desconfianza hacia la fe, paso a paso, día a día.

Verdad: no una proposición sino una persona

"Yo soy la Verdad" suena escandaloso a oídos modernos. Pero Jesús no está reclamando el monopolio intelectual de ningún sistema: está señalando que el misterio último de la realidad no se deja atrapar por los análisis más sofisticados, y que Él es el camino que conduce a ese Misterio con confianza, no con miedo.

La verdad que Jesús encarna se reconoce en sus preferencias: se acerca al que sufre, perdona al que ha fallado, come con los excluidos, defiende al débil. En la conducta de Jesús vemos cómo es la conducta de Dios. Por eso Felipe pide: "Muéstranos al Padre y nos basta." Y la respuesta de Jesús es definitiva: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre."

Esto tiene una implicancia directa para la fe: el Dios que Jesús revela no es el Dios lejano y grandioso al que se adora desde la distancia y con el que uno queda en paz después de un rato de culto. Es el Dios cercano, humano, tangible, que hay que imitar. La adoración es más fácil y menos exigente que la imitación. Pero el cristianismo es, en su núcleo, un proyecto de unión con Dios, no solo de relación con Él.

Vida: no un programa sino una presencia transformadora

"Yo soy la Vida" cierra la triple afirmación con la más radical. Jesús no solo resucitó muertos: Él es la Vida misma. Y esa vida, cuando se acoge, transforma desde dentro. No como el maestro lejano que dejó un legado de sabiduría admirable, sino como alguien vivo que, desde lo más profundo del ser, infunde un germen de vida nueva.

Esta acción es casi siempre discreta y callada. El creyente solo intuye una presencia imperceptible. Pero a veces irrumpe la certeza, la alegría incontenible, la confianza total. La fe cristiana nunca se entiende del todo si no se acoge a Jesús como vida que actúa desde adentro, no solo como doctrina que se aprende desde afuera.

Una comunidad sacerdotal: piedras vivas, no espectadores

La carta de Pedro recuerda algo que la práctica eclesial olvida con frecuencia: todos los bautizados son "raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada." No una élite ministerial rodeada de fieles pasivos, sino un pueblo entero que ejerce su mediación en dos direcciones: hacia Dios, con la alabanza y el sacrificio espiritual; y hacia el mundo, con el testimonio y el anuncio.

Cada cristiano es una piedra viva en el edificio de la Iglesia. No un espectador ni un cliente de servicios religiosos. La Eucaristía dominical no es el momento en que unos "actúan" y otros "asisten": es el momento en que la comunidad entera ejerce su sacerdocio bautismal, escucha la Palabra, intercede por el mundo y se alimenta del Pan que la envía.

Las tensiones: gestionarlas con diálogo, no con silencio

La primera comunidad de Jerusalén no era perfecta. Los de lengua griega se quejaban de que sus viudas recibían menos ayuda que las de lengua hebrea. No es un detalle menor: la discriminación por lengua, cultura o procedencia es una herida antigua en la Iglesia.

La respuesta de la comunidad es ejemplar: escucha, diálogo, acuerdo, distribución de responsabilidades. Siete diáconos de nombre griego, elegidos por la comunidad. Descentralización y nueva distribución del ministerio. El resultado: "la Palabra de Dios iba cundiendo y crecía el número de discípulos." Las tensiones no resueltas matan la misión. Las tensiones gestionadas con franqueza y caridad la potencian.

"No os quedéis sin Jesús"

Una palabra directa y valiente a quienes han abandonado la Iglesia pero no han rechazado a Dios: "Jesús es más grande que la Iglesia. No confundáis a Cristo con los cristianos. No confundáis su Evangelio con nuestros sermones. Aunque lo dejéis todo, no os quedéis sin Jesús."

Y al final, una pregunta que no deja escapatoria: ¿le tenemos miedo al Evangelio? ¿No será que lo evitamos porque sabemos que, si lo tomamos en serio, nos exige vivir sin diferencias, sin exclusiones, sin privilegios? La única garantía de credibilidad de la Iglesia es reproducir el amor de Jesús. Sin eso, todo lo demás —los documentos, los sermones, las estructuras— es ruido.

Tener en cuenta

El cristianismo como "camino" y no como religión: una distinción fundacional. El texto recupera la autocomprensión más antigua del cristianismo: no una religión sino un camino de vida. Esta distinción no es arqueología teológica: es una clave hermenéutica urgente para una época en que muchos han abandonado la institución religiosa pero siguen buscando orientación para vivir. La propuesta de Jesús como Camino no exige primero la adhesión institucional, sino el deseo de caminar en una dirección verdadera.

La diferencia entre adoración e imitación: el núcleo exigente de la fe. Uno de los aportes más lúcidos y desafiantes del texto es la distinción entre adorar a un Dios lejano —lo que cualquier religión puede ofrecer— e imitar al Dios cercano que Jesús revela. La adoración se despacha en un rato; la imitación es tarea de siempre, en el trabajo y en el descanso, con conocidos y desconocidos, con amigos y enemigos. Este criterio es incómodo precisamente porque es evangélico.

El sacerdocio bautismal como fundamento de una Iglesia de sujetos, no de espectadores. La recuperación del sacerdocio bautismal de todos los fieles no es solo una posición teológica del Vaticano II: es una exigencia práctica de comunidades vivas. Una Iglesia donde los laicos son espectadores pasivos de lo que hacen los ministros no puede dar testimonio del Resucitado. El texto propone con claridad que cada bautizado es piedra viva, no material de construcción pasivo.

El diálogo como método de gestión de las tensiones internas. El episodio de los helenistas ofrece un modelo concreto y vigente: cuando surgen tensiones por diferencias culturales, lingüísticas o generacionales, la respuesta eclesial debe ser escuchar, dialogar y redistribuir responsabilidades, no ignorar el conflicto ni polarizarlo. Esta actitud no es diplomacia humana: es la condición que hace posible que "la Palabra siga cundiendo."

"Parecerse a Jesús" como criterio último de autenticidad eclesial. Las cuatro notas clásicas de la Iglesia —una, santa, católica, apostólica— son criterios necesarios pero insuficientes si no van precedidos de uno más fundamental: parecerse a Jesús. Una Iglesia que no encarna la bondad, la compasión y la cercanía de Cristo con los últimos ha dejado de ser su Iglesia, independientemente de qué documentos firme o qué credenciales exhiba.

La pregunta final: ¿le tenemos miedo al Evangelio? El texto cierra con la pregunta más incómoda de todas, y la más necesaria. Si el Evangelio se evita, se suaviza o se reduce, probablemente no es por descuido sino por miedo: miedo a lo que exige, a las diferencias que borra, a los privilegios que cuestiona. Esta pregunta vale para los pastores y para los fieles, para las instituciones y para las personas. Es la pregunta que ninguna reflexión pastoral puede eludir si quiere ser honesta.

El 5° Domingo de Pascua desplaza el centro de gravedad desde la experiencia del encuentro con el Resucitado —corazón de los cuatro domingos anteriores—

hacia la pregunta por la identidad: ¿qué es el cristianismo en su núcleo más verdadero?

La respuesta es clara y exigente: no una religión de mediaciones rituales sino un camino de vida que imita a Jesús, sostiene a la comunidad con diálogo y amor, y no le teme al Evangelio.